

CAPITULO XXXIV.

Ante los muros de Puebla

En el camino de Oaxaca á Puebla se unieron al Ejército del Este algunas fuerzas de consideración, reclutadas por varios jefes republicanos. En Acatán se le unieron los Generales Figueroa y González con sus respectivas brigadas; en Topeca, el Coronel Palacios con cuatrocientos ginetes; el Teniente Coronel Sánchez Gamboa con trescientos hombres, y el Coronel Espinosa y Gorostiza con un batallón completo y bien armado; en Huamantla llegó el General Alatorre con sus fuerzas de Jalapa, y el General Méndez con el contingente de Tetela, del Estado de Puebla.

En este último lugar decidió el Comandante en jefe reorganizar la masa heterogénea de tropas que se habían ido afiliando á su estandarte por todo el camino desde Oaxaca, y arreglar con ellas dos divisiones; la primera de las cuales fué confiada al mando del General Alatorre, y la segunda al mando del General Méndez, en tanto que la caballería fué puesta bajo la dirección del General Manuel Toro. González, Carreón y Figueroa fueron nombrados Generales de Brigada. El total de las fuerzas así organizadas consistía en cuatro mil hombres poco más ó menos, con los cuales el General Díaz comenzó su marcha sobre Puebla, encontrándose entonces, como ya hemos dicho, en Huamantla. Llegó á la ciudad de Zaragoza el 9 de Marzo de 1867, é inmediatamente tomó posesión del famoso cerro de San Juan sin la menor resistencia y allí estableció su cuartel general. También el mismo día ocupó el convento de San Fernando, logrando de este modo bloquear eficazmente todo el lado oeste de la ciudad. Arreglado esto, comenzó á extender sus líneas hácia el sur y el este, quedando así completamente rodeada la ciudad por todos lados, excepto por el norte, que se encontraba defendido

por las dos poderosas fortalezas de Loreto y Guadalupe, las cuales estaban guarnecidas con buenas y numerosas tropas y provistas con artillería de primer orden. Aunque no le fué posible aislar de la ciudad estos dos cerros fortificados, los rodeó con una línea de caballería, impidiéndoles así comunicarse con el exterior.

Pocos días después de haber iniciado formalmente el sitio, llegó del sur el General Alvarez con seiscientos hombres, y de Texcoco el Coronel Maldonado con cuatrocientos jinetes; refuerzos que hicieron subir el número de las fuerzas sitiadoras á cinco mil hombres.

Mientras que el Ejército del Este se había estado preparando para marchar sobre Puebla, Maximiliano había salido de la ciudad de México el 13 de Febrero con dirección á Querétaro, á donde llegó el 19 del mismo, con la determinación de sostenerse allí. Como habían muchas disensiones en las filas de los conservadores con motivo de la deserción de los franceses, la retirada de parte de las fuerzas austriacas y belgas y la desafección de muchos de los mexicanos, que habían apoyado al imperio en sus días de aparente prosperidad y poder, los generales imperialistas persuadieron á Maximiliano á tomar el mando de las fuerzas conservadoras en persona, con la esperanza de que este acto pudiera unir á aquellos que habían ya comenzado á ponerse en desacuerdo.

El General Mariano Escobedo, comandante en jefe del Ejército Liberal de Norte, procedió inmediatamente á sitiar Querétaro; y Maximiliano, con una actitud enteramente pasiva, no opuso á ello el menor obstáculo.

Mientras Escobedo estaba ocupado del modo que hemos indicado, mandó suplicar á Porfirio Díaz le mandara auxilio, manifestando que sus fuerzas no eran suficientemente fuertes para obligar á Querétaro á rendirse. Aunque al comandante del Ejército del Este no le convenía privarse de la menor parte de sus fuerzas, considerando la difícil empresa que te-



GENERAL JUAN N. MENDEZ.

nía entre manos (el sitio de Puebla), despachó inmediatamente al General Méndez con parte de su división, para ayudar á Escobedo; dando al mismo tiempo órdenes á Méndez de incorporarse en el camino las tropas de Pachuca al mando del General Martínez, y las fuerzas que por esa dirección estaban al mando de Jiménez, Riva Palacio y el Coronel Mercado. Como todos estos jefes obedecían como jefe superior al General Díaz, Méndez llegó al campo de Escobedo con seis mil hombres y diez cañones howitzer de montaña. Pero mientras que esto aumentó poderosamente al Ejército del Norte, dejó reducido al del Este á cuatro mil hombres, con los cuales se tenía que tomar una de las plazas mejor fortificadas de la República, plaza que estaba defendida por una guarnición casi tan grande en número como las fuerzas sitiadoras, y provista con artillería más poderosa y eficiente.

Entre tanto las disensiones y la falta de actividad continuaban en Querétaro. La ciudad estaba llena de gente no combatiente, hombres, mujeres y niños y muchos sacerdotes, todo lo cual hacía muy numerosa la población pasiva; y contribuía materialmente á la confusión é ineficacia del ejército encerrado dentro de los muros de la ciudad, la cual se encontraba rodeada por las fuerzas combinadas del Ejército del Norte al mando de Escobedo, en número de 10,000 hombres, el Ejército del Centro al mando de Corona, fuerte de 7,000, y otras fuerzas adicionales que hacían subir la fuerza total de los sitiadores á 21,000 soldados y 74 cañones.

En la noche del 22 de Marzo, Márquez y Vidaurri, con 400 jinetes, lograron romper las filas de los sitiadores, con órdenes de Maximiliano de proseguir á México y regresar con las tropas que allí se encontraban y auxiliar á Querétaro. Pero cuando llegaron allí supo Márquez que el comandante de las fuerzas imperiales en Puebla estaba para rendirse al Ejército del Este. Por lo cual resolvió marchar inmediatamente sobre Puebla con cuatro mil hombres de la

capital, con la esperanza de derrotar al General Díaz ú obligarlo á levantar el sitio; en cuyo caso, le sería posible perseguir al jefe liberal con una fuerza casi dos veces mayor que la del Ejército del Este.

La situación de los sitiados en Puebla era muy crítica. Pero si el General Díaz decidía dar batalla á Márquez, podía ser atacada su retaguardia por las fuerzas de Puebla al mando de Noriega; si por otro lado se resolvía á abandonar el sitio y retirarse á las montañas, el efecto moral sobre sus fuerzas sería malísimo; y con toda probabilidad un buen número de ellas desertarían.

Pero el hombre que había encontrado solución antes á muchas situaciones desesperadas, se determinó á hacer frente á la que se le presentaba ahora de un modo que parecía casi temerario por su gran audacia. Hizo todos los preparativos para tomar por asalto la ciudad de Puebla antes de que Márquez pudiera llegar al teatro de los sucesos; mas á nadie comunicó el plan que había formado, ni siquiera á sus generales, por temor de que pudiera llegar á conocimiento del enemigo.

El 31 de Marzo del siguiente día, se enviaron á Tehuacán todos los enfermos y heridos del campamento de los sitiadores, lo mismo que el equipaje; medida que se tomó por dos motivos: uno de ellos era colocar esa gente en seguridad para el caso desgraciado de que no tuviera éxito la desesperada resolución tomada por el comandante en jefe, y el otro era, hacer creer á los sitiados que el Ejército del Este estaba para retirarse, á causa de la venida de las fuerzas imperialistas al mando de Márquez.

En la noche del 1° de Abril, cuando no era ya posible mantener en secreto sus planes, el General Díaz se los reveló á Alatorre, el cuartel maestro general, á quien comisionó para citar á los demás generales á un consejo de guerra, que tendría lugar en una casa situada en la parte más céntrica del campo ocupado por las fuerzas sitiadoras. Ni uno solo de ellos sabía para qué se les había citado, hasta que llegaron



BATALLA DEL 2 DE ABRIL.

al lugar de la reunión, donde se exhibieron planos de la ciudad y de las fortificaciones y fueron explicados los detalles del proyecto de la desesperada y arriesgada empresa, tal como los había concebido el comandante en jefe. A cada uno de los generales se le asignaron sus fuerzas, y se le instruyó acerca de lo que tenía que hacer y cuándo lo debía hacer, á efecto de que el proyectado asalto de la ciudad fuera coronado por el éxito.

El plan era temerario hasta la desesperación; pero el comandante en jefe lo había combinado tan matemáticamente y tenía él mismo tanta fe en su éxito, que inspiró á sus oficiales la misma confianza de que estaba poseído. La oportunidad fué muy bien escogida; porque no daba tiempo, entre el momento en que el plan fué revelado y el principio de su ejecución, para que los oficiales pudieran reflexionar acerca de lo desesperado y peligroso de la empresa, y las muchas probabilidades que se podían presentar para convertirla en un fracaso.

Hácia la media noche los oficiales regresaron á sus respectivos regimientos y se comenzaron los preparativos para el asalto, aunque hasta esos momentos, los hombres que tenían á su mando estaban aún bajo la impresión de que los preparativos eran para efectuar la retirada á Tehuacán. Tranquilamente se pasó la orden á todos los oficiales inferiores, y poco después de media noche todas las fuerzas del ejército sitiador fueron situadas en sus posiciones respectivas, para aguardar la señal del ataque.

Las fuerzas para el asalto fueron divididas en diez y siete columnas, tres de las cuales estaban destinadas á hacer un falso ataque sobre la poderosa fortaleza de El Carmen, que se encontraba directamente al sur de la ciudad, y frente á las fuerzas del ejército sitiador; y el resto de las columnas fué distribuido á lo largo de las partes sur y este de la ciudad, listas para hacer un ataque combinado sobre la misma.

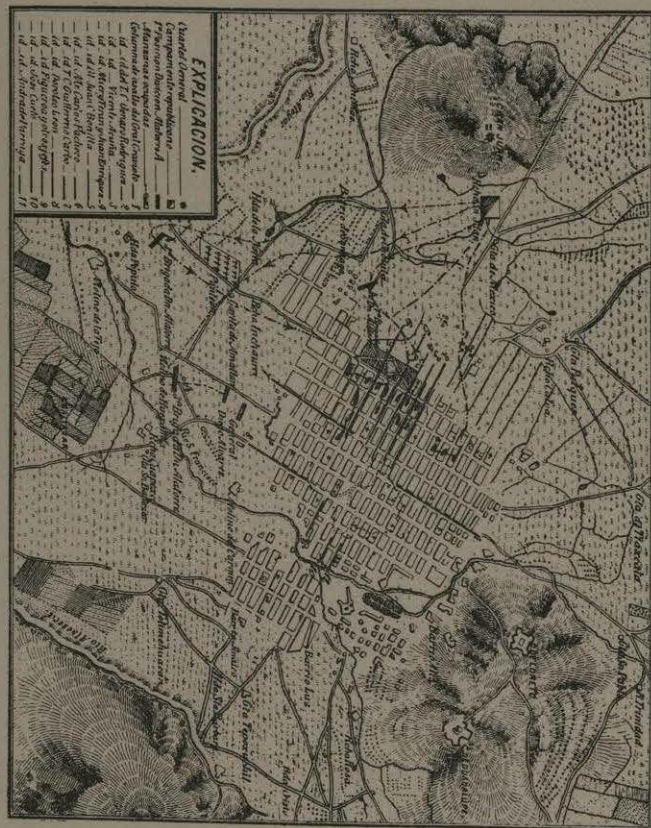
Entre tanto, toda la artillería que tenían los sitia-

dores, consistente en diez y ocho piezas de varias clases, fueron aproximadas lo más cerca que fué posible á la fortaleza de El Carmen. La oscuridad de la noche favoreció mucho esta operación, la cual no fué descubierta por el enemigo, hasta que todo había sido puesto en su lugar para el asalto y el ataque había comenzado. Los cañones habían sido colocados de tal modo, que podían hacer fuego sobre la fortaleza por tres distintos lados al mismo tiempo. La maniobra de acercar la artillería á la fortaleza fué llevada á cabo á costa de gran riesgo, el cual estaba el General Díaz muy dispuesto á correr, pues deseaba crear, en medio de la confusión producida por el ataque en la oscuridad de la noche, la impresión en la mente de los defensores de El Carmen, que se les estaba atacando por la retaguardia; lo que implicaba que la ciudad había sido tomada por los sitiadores.

La circunstancia de que Márquez, con un ejército fuerte de cuatro mil hombres estaba acampado en Guadalupe, como á treinta y cinco millas de distancia, y los aparentes preparativos que de retirada habían estado haciendo los sitiadores todo ese día y el anterior, habían producido cierto sentimiento de seguridad en la ciudad sitiada, donde se esperaba con toda confianza que los liberales se aprovecharían de la noche para comenzar su retirada á Tehuacán, por lo que cualquier ruido que se hubiera oído de marcha de soldados y de artillería, se hubiera atribuido indudablemente á los movimientos incidentales de la tan esperada retirada.

Cuando todo estuvo listo para el ataque, asegura el mismo General Díaz que había tal escasez de parque, que se vió obligado á recoger los cartuchos que tenía la caballería y distribuirlos entre la infantería. Al mismo tiempo dió órdenes á la primera que, en caso de que hubiera necesidad de que tomaran parte en la batalla, deberían pelear con sus lanzas y sus sables.

Eran las 3 y 15 de la mañana del 2 de Abril, cuando la artillería de los sitiadores colocada á corta dis-



SITIO DE PUEBLA.

tancia, abrió un fuego terrible sobre las trincheras y el fuerte de El Carmen. Y bajo cubierta de la artillería, la primera de las tres columnas destinada al falso ataque, se movió rápidamente hacia las trincheras, atravesando una larga distancia de campo raso y sin ninguna protección. Se encontró con un fuego terrible de parte del enemigo, no obstante lo cual, llegaron los soldados á 100 metros de distancia de su punto objetivo, cuando se vieron obligados á ponerse en retirada dejando muchos muertos y heridos en el campo.

Inmediatamente fué mandada la segunda columna en auxilio de la primera. Atravesando el llano á paso redoblado, y haciendo frente al bien dirigido fuego del enemigo, llegó hasta el muro de tierra de las fortificaciones exteriores, donde, á su turno, se vió obligada á retirarse después de experimentar serias pérdidas.

La tercera columna, que fué enviada en apoyo de la segunda, llegó también á las murallas exteriores, las que intentó tomar por asalto. Algunos soldados llegaron hasta á escalar las trincheras y pasar al espacio de fortificaciones que seguía del otro lado; pero al fin se vieron también obligados á retirarse con grandes pérdidas; pues el enemigo se había apresurado á enviar, con la mayor rapidez, refuerzos al punto atacado, y continuaron llegando en números abrumadores. Efectivamente, con tanta realidad se había representado el ataque simulado, que hasta la reserva de dentro de la ciudad había sido enviada apresuradamente en auxilio de El Carmen.

Esto era lo que había previsto el General Díaz; pues había determinado que el falso ataque sobre la fortaleza de El Carmen, tuviera una apariencia suficiente real para atraer la atención de la guarnición de la parte de la ciudad que esperaba tomar por asalto.

Se habían suspedido trapos empapados de trementina de un alambre que se tendió entre una y otra torre de la iglesia que estaba situada sobre el monte

de San Juan, al oeste de la ciudad, lugar donde podían ser vistos muy distintamente de todas partes. Estos trapos, que estaban á una considerable altura del terreno, debían ser encendidos como señal para comenzar el ataque combinado sobre la ciudad por las catorce columnas restantes del ejército sitiador.

En medio del ruido atronador de la batalla que tenía lugar en el barrio de El Carmen, el resto del ejército de los sitiadores aguardaba ansiosamente por la señal de ataque. Repentinamente las notas de un clarín se oyeron sobre el ruido que se producía en el teatro del conflicto; y un momento después el inmenso lienzo empapado en trementina se inflamaba, formando poderosa llamarada que iluminaba todo el monte de San Juan, y anunciando el ataque que debía hacerse en ese momento sobre la ciudad por diferentes lados, por las numerosas columnas destinadas á ese objeto.

Las fuerzas de ataque, llevando consigo escaleras para poder avanzar los muros y otras defensas de la ciudad, ocuparon, sin la menor pérdida de tiempo, los espacios que habían entre ellas y las trincheras del enemigo, barriendo todo lo que encontraban á su paso, á pesar del mortífero fuego de balas y granadas que llovían sobre ellos, que si bien diezmaban el número de sus fuerzas, no disminuían en lo más mínimo su empuje y su valor. Adelante prosiguieron como un torrente, lanzándose sobre las trincheras y los muros y pasando sobre todo hasta internarse en la ciudad. Y tan completa fué la sorpresa, que quince minutos después de que el primer soldado liberal había escalado los muros de Puebla, no se ofrecía resistencia dentro de la ciudad, más que desde las torres de la catedral y desde las alturas de El Carmen y San Agustín.

Pero si bien la ciudad había sido tomada, y sus defensores habían tenido que huir unos y otros habían tenido que rendirse, la posición del ejército victorioso no se podía considerar segura bajo ningún concepto; pues las poderosas fortalezas situadas en



GENERAL CARLOS PACHECO.

los cerros al este y norte de la ciudad, continuaban haciendo fuego sobre los grupos de soldados liberales, por donde quiera que eran distinguidos recorriendo las calles de la ciudad conquistada.

Cada casa parecía también una fortaleza, que vomitaba descargas cerradas sobre los asaltantes, desde los techos, los balcones, las ventanas y las puertas. Pero todo esto no retardó ni un solo momento el avance victorioso de los soldados liberales. Se llevaron á cabo tantos prodigios de valor y fueron tantos los valientes, que más tarde le fué imposible al comandante en jefe mencionarlos á todos en su informe de la batalla al Departamento de la Guerra.

El General Carlos Pacheco, que tenía á su cargo la columna de ataque que se dirigió sobre las fortificaciones de la calle de Siempreviva, fué herido primero en la pantorrilla de la pierna derecha, poco rato después en el brazo izquierdo, y como aún así continuaba dirigiendo el ataque, una bala de cañón le destruyó la cadera izquierda. Un soldado lo levantó en brazos é intentó llevarlo á un lugar menos peligroso; pero apenas había caminado unos pocos pasos con su carga, cuando una granizada de metralla hizo blanco en ambos, rompiendo el brazo derecho al comandante é hiriendo gravemente al hombre que lo conducía. Sin embargo, el General Pacheco, á pesar de haber perdido la pierna izquierda y el brazo derecho, vivió para ocupar varios puestos públicos de importancia, entre los cuales citaremos los de Jefe de los Departamentos de Fomento y de Guerra y Marina en el gabinete del General Díaz. En ambos puestos prestó excelentes servicios, cooperando en el fomento del progreso y en el establecimiento de la paz por toda la República.

Casi todos los oficiales y soldados sobrevivientes, pasaron por experiencias casi tan peligrosas y emocionantes como la del General Pacheco, aunque con resultados menos graves; pues la batalla se convirtió en una lucha cuerpo á cuerpo por las calles de la ciudad, y al mismo tiempo los soldados republicanos,

y con frecuencia también los imperialistas, se veían blanco de constantes descargas que les hacían desde las ventanas de las casas. Pero las manzanas de edificios fueron tomadas rápidamente, calle tras calle, y pronto miles de prisioneros se encontraban en manos de las tropas victoriosas. Entre dichos prisioneros estaban algunos oficiales que habían desertado antes de las filas liberales, siendo el principal entre ellos el General Mariano Trujeque, el famoso jefe de caballería, que en dos distintas ocasiones había tratado de asesinar al General Díaz. Después de la toma de la ciudad, se le encontró oculto detrás de un pequeño almacén, entre unos bultos de mercaderías, de donde fué sacado por algunos soldados liberales.

De acuerdo con la ley del 25 de Agosto, todos los desertores de las filas liberales á que nos hemos referido arriba, fueron juzgados por corte marcial y fusilados, entre ellos Trujeque.

Pero aunque muchos prisioneros habían sido hechos durante y después de la captura de la ciudad, muchos soldados y oficiales imperialistas se habían escapado á las dos fortalezas de los cerros del norte de la población, Guadalupe y Loreto, las cuales continuaron bombardeando á los victoriosos después de la caída de Puebla, sembrando la muerte entre amigos y enemigos, con la vana esperanza de que Márquez, quien se sabía estaba no lejos del lugar, llegara en su auxilio.

Pero en lugar de Márquez se encontraron los defensores de las fortalezas con la llegada de las fuerzas liberales al mando del General Leyva, en número de dos mil, distribuidos por igual en caballería é infantería, y trayendo consigo dos piezas de artillería de montaña que poder agregar á la formidable batería que estaba dentro de la ciudad, la cual pronto sería dirigida sin la menor consideración sobre las dos fortalezas, que habían representado un papel tan importante y heroico en los tres emocionantes sitios por que había pasado la ciudad desde la llegada del Ejército Francés de Intervención á México.

Toda la artillería pesada que se le había capturado al enemigo, fué dirigida sobre los dos fuertes, y se hicieron toda clase de preparativos para obligarlos á rendirse á la mayor brevedad. Esto, la aparición de Leyva en el teatro de los sucesos y la no venida de Márquez en su auxilio, cuando se comprendía que no podía dejar de haber sabido los acontecimientos que estaban teniendo lugar desde hacía varios días, desanimó á los imperialistas, y á las tres de la mañana del 4 de Abril, justamente cuarenta y ocho horas después que los liberales habían hecho su primer ataque contra la ciudad, llegó del cerro de Guadalupe un oficial, acompañado de su corneta provisto de una linterna, suplicando se le condujera al cuartel general. Una vez allí, presentó un ofrecimiento de rendición á condición de ciertas garantías. Este mensajero fué detenido. A las cinco de la mañana apareció otro, el cual fué también detenido. Poco tiempo después apareció un tercero, esta vez del fuerte de Loreto. Como todo esto era señal patente de apuro, fué enviado de regreso uno de estos mensajeros con el informe, de que el comandante en jefe de las furzas liberales no aguardaba sino la claridad del día para comenzar á bombardear los dos fuertes con toda la artillería de que disponía la ciudad, y que lo único que podría evitar esto, era la rendición incondicional de las dos fortalezas.

El plazo concedido era corto; por lo que, después de apresurado parlamento, las fortalezas de Loreto y Guadalupe se rindieron á discreción.

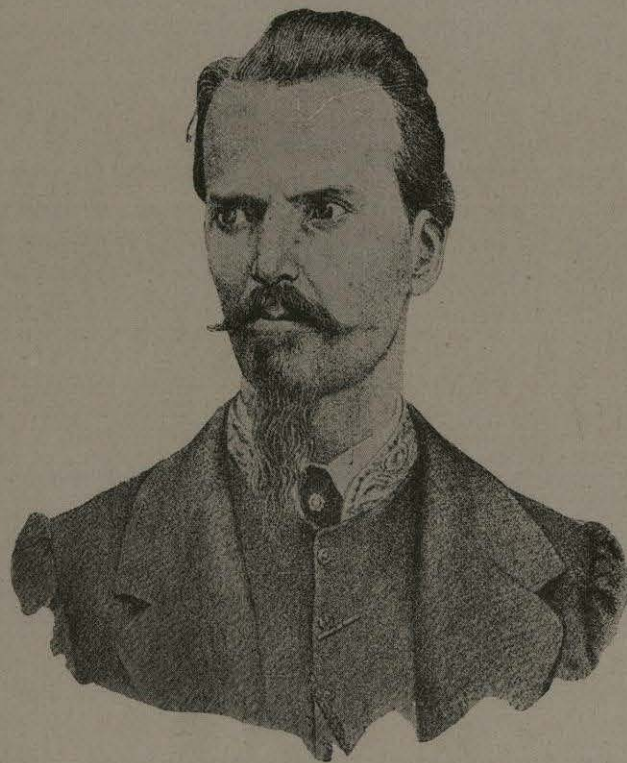
Debido á la circunstancia de que cierto número de oficiales liberales que habían desertado á las filas imperialistas y habían sido hechos prisioneros en la toma de Puebla, fueron juzgados militarmente y fusilados, reinaba gran pánico y terror entre los oficiales mexicanos de las fuerzas imperialistas capturadas en los fuertes de Guadalupe y Loreto. Estos habían sido reunidos y alojados en calidad de prisioneros en un departamento del Palacio Municipal, en unión de algunos otros capturados en la ciudad en la ma-

ñana del 2 de Abril. La comunidad en que se encontraban contribuía á aumentar sus temores y se daban ya por perdidos. Tan seguros estaban de morir, que hicieron una súplica al General Díaz para que les permitiera recibir las visitas de su amigos, y la entrada á la prisión de los sacerdotes que iban á oír su última confesión.

El permiso fué concedido; pero ninguna manifestación favorable de parte del General Díaz acompañó al permiso. Todo lo contrario, se dieron órdenes para que se les proveyera de materiales de escribir, sobres y sellos; todo lo cual, de acuerdo con dicha orden, se distribuyó entre ellos liberalmenté, y se señalaron cuartos especiales donde pudieran estar solos con el sacerdote que los confesara. A todos se les permitió escribir sus cartas de despedida, hacer sus testamentos, confesarse, y en fin, prepararse para una pronta muerte. Entre los prisioneros que así se prepararon, estaban varios obispos y sacerdotes que se habían manifestado muy activos en la defensa de la causa imperialista. El número total de prisioneros era como de 300, incluyendo varios jefes conservadores que ya estaban sentenciados á muerte.

La ciudad se encontraba grandemente exitada con lo que prometía ser uno de los fusilamientos más sensacionales de la historia de México; pues los prisioneros incluían la flor y nata de las fuerzas imperialistas de Puebla, los altos dignatarios de la iglesia, lo mismo que varios ricos magnates cuyos nombres eran conocidos de un extremo á otro de la República. Era un terrible holocausto, capaz de hacer vacilar de horror á las naciones de América y Europa, y de hacer temblar á los mexicanos de nota que habían abrazado la causa del imperio. Y todo se haría de acuerdo con una ley que había sancionado Juárez, ley que había sido sancionada también por las prácticas de la misma administración imperial.

A las tres de la tarde, cuando todos se habían ya preparado, cada cual á su modo, para recibir la muerte, los jefes prisioneros fueron llevados al Pa-



GENERAL FRANCISCO LEYVA.

lacio Episcopal, donde se encontraron con otros prisioneros de rango y con el mismo General Díaz en persona, con una expresión adusta é implacable en el semblante. Aunque estas 300 personas se encontraban á las puertas de la muerte, contemplaban con cierta curiosidad al hombre que, inexorable como el destino, había decretado la muerte de todos y cada uno de ellos.

En medio del más profundo silencio, el comandante en jefe del Ejército del Este dirigió la palabra á la resignada y desahuciada multitud de prisioneros que tenía delante. Comenzó manifestándoles que todos ellos merecían la pena de muerte y que la ley pedía fueran ejecutados, porque habían traicionado á su patria en la hora en que ésta más los necesitaba. Estas eran palabras que sonaban como un doble fúnebre en los oídos de aquellos hombres que, según ellos mismos creían, se encontraban á las puertas de la muerte.

Luego, cambiando de tono, el orador continuó diciendo, que en vista de la circunstancia que los reos eran tan numerosos, tenía convicción de que el Gobierno, una vez en conocimiento de la verdadera situación, se inclinaría á la gracia. Pero que la ley requería que se les mantuviera aún en el más riguroso confinamiento, hasta que fuera definitivamente decidida su suerte.

Esto indicaba una esperanza de vida, cuando un minuto antes se consideraba como segura su muerte, y un suspiro general de consuelo estremeció los pechos de los 300 prisioneros.

Luego, suavizando aún más el tono de voz, el orador continuó diciéndoles, que también él sabía lo que era sufrir prisión por la causa que había defendido, que había experimentado todas las penas que acompañan á semejante situación, y que su deseo era evitárselas si era posible. Con este fin, gustoso permitiría á todos salir de la prisión como hombres libres, si daba cada uno por escrito, su formal promesa de presentarse á ser juzgados, siempre que el Gobierno así

lo resolviera, al recibir aviso á ese efecto por medio de la prensa.

La escena que se siguió fué indescriptible. Hombres vigorosos lloraban, mientras que otros eran acometidos de manifestaciones histéricas á causa de la tremenda reacción que había tenido lugar en sus sentimientos; pues era aquello para los prisioneros, como comprenderán nuestros lectores, una verdadera resurrección.

Todos manifestaron su voluntad de firmar la deseada promesa, y cada uno de ellos, después de firmarla, fué puesto en completa libertad.

Esto fué el principio de esa política de Porfirio Díaz, de esforzarse por convertir en amigos á sus enemigos, que ha seguido durante toda su carrera como Primer Magistrado de la Nación mexicana, política que ha contribuido más que cualquier otro factor, á unir al pueblo y á construir el México moderno. A esa misma política debe ser atribuido el hecho de que mucho tiempo después, se encontraran formando parte de su ministerio algunos de los imperialistas más pronunciados de aquellos días, y que hoy se encuentre su gobierno apoyado por las antiguas familias aristocráticas y aún por la misma Iglesia Católica; la cual, si bien obligada á vivir dentro de las leyes de la reforma, ha sido protegida en todos los derechos que le concede la Constitución. Aunque Porfirio Díaz fué el gran caudillo del movimiento contra el poder de la Iglesia; ésta última, que probablemente nunca ha simpatizado con su actitud en cuestiones religiosas y de autoridad eclesiástica en asuntos temporales, ve en él el símbolo de la ley y el orden, y un fuerte baluarte contra la anarquía, el socialismo ignorante y el reinado del populacho; y como tal, tiene el apoyo político de la Iglesia. En otras palabras, se le mira como al hombre más á propósito para dirigir la situación actual. Esta es una de las mejores alabanzas que se pueden tributar á su genio como estadista y diplomático.



GENERAL PORFIRIO DIAZ EN 1867.

Pero no hemos terminado aún la dramática escena que veníamos relatando.

Entre los prisioneros estaba el Coronel Vital Escamilla, Jefe Político del Distrito de Matamoros Izúcar, y el mismo que, en un exceso de celo imperialista, había ofrecido aumentar con sus propios fondos el premio ofrecido por el Conde de Thum á quien entregara el General Díaz muerto ó vivo. El Coronel había permanecido oculto entre la muchedumbre, aparentemente temeroso de acercarse á firmar su promesa.

El Coronel Visoso, oficial liberal y antiguo amigo de Escamilla, se acercó al General Díaz y le suplicó lo perdonara, ocultándole la circunstancia de que se encontraba entre los prisioneros. Pero Díaz, á quien hacía poco rato le habían señalado á Escamilla como el hombre que lo había perseguido á muerte, concedió á Visoso lo que pedía, y llamó al mismo tiempo á Escamilla por su nombre de entre la multitud que tenía enfrente; y cuando éste último se aproximó, informó tanto á él como á Visoso, que si no se encontraba aún en libertad, era porque no había firmado aún su promesa, lo cual esperaba que hiciera tan luego como llegara su turno.

Escamilla llegó á ser después uno de los amigos más íntimos del General Díaz, y fué miembro del Congreso durante la administración de este último.

El 4 de Abril se publicó una orden general de los cuarteles del Ejército del Este, al efecto, de que todos los prisioneros hechos en las batallas de Miahuatlán y la Carbonera, la toma de la ciudad de Oaxaca, el asalto de Puebla y la rendición de los fuertes de Guadalupe y Loreto, serían puestos en libertad, con permiso de residir en cualquier parte del país que les conviniera, donde estarían bajo la vigilancia de las autoridades locales, y sujetos al llamado del Gobierno Federal. La orden también agregaba, que todos los extranjeros que se encontraran entre los prisioneros, quedarían sujetos á las mismas condiciones, con la única excepción, de que si deseaban abandonar la República, estaban en libertad de hacerlo.